

POESIA

LA LUMBRE SACUDIDA

ABELARDO
VICIOSO



COLECCION

EL SILBO VULNERADO

Con su advenimiento, el lenguaje polisilábico le proporciona al hombre no sólo un imprescindible elemento de mayor alcance comunicativo a través de su doble ejercicio oral y léxico-gráfico, sino también la circunstancia necesaria para que adquieran su máxima eficacia el instrumento y la expresión poética. Sobre todo, por la oportunidad que tiene el hombre, entonces, de sustituir la realidad lógico-conceptual ordinaria por otra íntima que edifica en su espíritu con sujeción a un distinto orden de estructuras, valimientos y consecuencias de sentido, vale decir, la realidad poética.

A la letanía casi onomatopéyica del monosílabo, se opone entonces un mundo plural, diferenciado, de significaciones, el cual, no obstante, sólo llega a alcanzar una razón de ser poética por su propia transformación y conversión en una fórmula expresiva cuya dirección y resultado se producen distintamente. El lenguaje poético adquiere, de esa manera, su vigencia y su autonomía.

Mas, ¿basta ello para que se perfeccione una eficiente situación POESIA? Si desde un punto de vista puramente formal puede considerarse que el símbolo, en su condición de elemento expresional y representativo por vía de sustitución, constituye la materia misma de la expresión poética, no es menos cierto que todo ese artificio está vinculado y condicionado por la naturaleza de su creador: el hombre.

Pero el hombre se halla inmerso en la vida. Sólo para él tiene ésta un sentido trascendente aplicable a las condiciones diversas, variables de su existencia. Por consiguiente, el hombre es el único ser sujeto de destino y la única criatura susceptible de plantearse el problema de su tránsito por los terrestres días, de su estancia en la luz de cada tierra. Al vivir, pues, el hombre le imprime a sus instrumentos creadores las

(Continúa en el alero posterior)

ABELARDO VICIOSO

LA LUMBRE SACUDIDA

Prólogo de
Rafael Valera Benítez

COLECCION EL SILBO VULNERADO

Ciudad Trujillo, República Dominicana

1958



BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

DONATIVO

Donado por: *Barbara Benzon*

Fecha: *2016*

9505

COLECCION EL SILBO VULNERADO

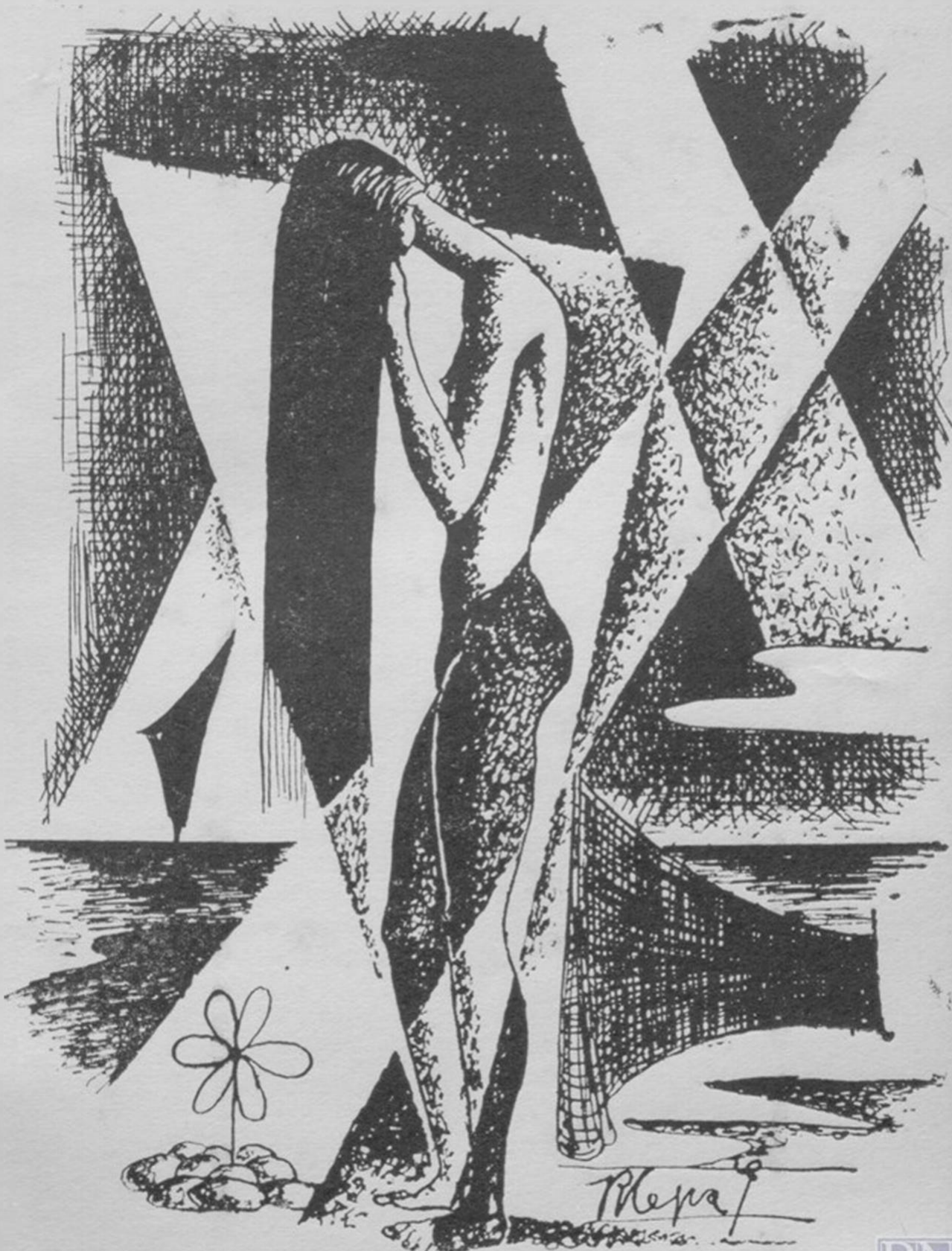
Dir. 2019/67

¿Qué ruiseñor amante no ha lanzado,
pálido, fervoroso y afligido,
desde la ilustre soledad del nido,
el amoroso silbo vulnerado?

Miguel Hernández

Dirigen:

**Máximo Avilés Blonda
Lupo Hernández Rueda
Rafael Valera Benítez
Abelardo Vicioso**



Viñeta de Radhamés Mejía

UN POETA Y LA FUNCION POETICA

La última conflagración mundial que aplastó la agresión y barbarie nazi-fascistas, había terminado apenas de acallar el eco de sus últimos disparos cuando, en nuestro país se asistía a un acontecimiento poco frecuente y, por otra parte, auspiciado y mantenido por una vivificadora razón de ser, no obstante el trágico trasfondo que tras él se cerraba: nacía un nuevo estado de conciencia en poesía, un modo de ser poético que conjugaba sus fórmulas en vista de asumir su sentido propio, su particular destino.

Pero no era el hecho objetivo de la iniciación simultánea de un grupo de jóvenes en el quehacer poético lo que podía inducir a pensar en el advenimiento de un nuevo episodio literario. El común escenario íntimo, la coetaneidad, el tono semejante de las reacciones, y, todavía más, la prolongación de ese estado de cosas que permitió reconocer actitudes adherentes con el correr del tiempo, creaban una situación homogénea con indicios ideológicos y espirituales que le comunicaban ya a la circunstancia una calidad determinada, distintiva.

*¿Se estaba en presencia de una generación poética?
¿Podían reconocerse con toda legitimidad los elementos propios de una actividad o actitud generacional? Pienso que sí ahora y creo, firmemente, que el transcurso de los*

años afirmará este hecho a través de una labor que ha comenzado a dar pruebas de estar dotada de un venero de insospechables proyecciones poéticas.

La poesía de Abelardo Vicioso que este primer libro suyo ofrece como prueba de un estado inicial que ha logrado, sin embargo, afirmaciones de desusada profundidad a tono con la más celosa e integral función poética, apoya su vibrante y apasionada calidad humana en esa posición creadora a que había arribado la poesía dominicana, cumplidos ya importantes aspectos de un proceso orgánico tras el marasmo infecundo que, por regla general, dominó toda su producción hasta el advenimiento de Domingo Moreno Jiménez.

La Lumbre Sacudida no es pues, tan sólo, un libro que revela el auténtico camino así como el raras veces allegado terreno de la responsable tarea poética. Es, además, y por ello mismo, la expresión de la capacidad creadora que mueve y justifica toda la valedera poesía dominicana más reciente: a partir del año 1948, nuestra poesía reúne ciertos nombres en cuya labor se establece la preocupación por el destino del hombre —el hombre como tal, en su realidad circunstancial, en su existencia siempre virgen y agónica— integrando así todo un conjunto que se define, no obstante, con una sola y acentuada base, bien que en cada caso se orienten particulares matices determinativos.

De esa manera, existe no sólo un libro y un autor que se ofrecen a las apetencias del lector o del analista desde un punto de vista intrínseco, aportando su personal mensaje y sus formas expresivas, sino también toda una situación colectiva representada por la generación poética señalada, a la cual ellos pertenecen y dentro de cuya orientación se mueve una poesía.

Naturalmente, la precedente afirmación apunta un hecho que, en su conceptualización y planteamiento teórico, no se encuentra aún definido o resuelto de manera que pueda aplicarse, en sentido absoluto, como instrumento de estudio comprensivo de una determinada situación literaria en el tiempo. Por ello y porque el hecho generacional apuntado constituiría y estaría, además, precedido por un complejo de antecedentes y relaciones suscitadas entre el hombre y su escenario histórico y cultural, justo es señalar las circunstancias que pueden acreditar, en todo caso, su existencia, y hacer, por tanto, verosímil el aserto.

Además, existe una importante razón adicional que invita a la demostración dialéctica del aludido fenómeno generacional, y es el proceso seguido por nuestra poesía, de cierto tiempo a acá, hasta arribar al estado actual de sus cumplidas ganancias y fecundas experiencias. La poesía es, en nuestro país, el más acusado instrumento de desarrollo y personalidad artística, por haberse registrado en ella esas necesarias estancias de condensación y deslinde que consagran toda fisonomía cultural característica en el tiempo y una actividad creadora de orden superior en la vida.

EL CONDICIONAMIENTO HISTORICO

Aunque de manera breve, global, sinóptica, el propósito perseguido debe entonces, como cuestión de método, ir al pasado y extraer las herramientas y el material con el cual se construye la visión presente, haciendo retroactuar la proyección del juicio a fin de sentarla y justificarla con toda suficiencia.

Aproximadamente hasta el primer cuarto del presente siglo, la poesía dominicana ofrece una conducta y un sentido íntimamente ligado a las condiciones culturales y al ca-



rácter propio de una sociedad que traduce su ritmo vital al compás sociológico de lo que, en el correspondiente terreno científico, puede bien denominarse el pequeño municipio: acompasado tiempo este de reloj de provincia. Monocorde letanía cultural e institucional cerrada al mundo, nutriéndose de su propia inercia: vida con restos señoriales y elemental conjugación y diferenciación.

Es así como arribamos a la noción que nos permite identificar una sociedad elemental que conservaba casi intactas las formas primarias heredadas de su imagen original. Es claro que la actividad poética dominicana de entonces, en esas condiciones, está pautada, en la mayoría de los casos, por cuestiones de tradición, convenciones, normas y tímidos mitos que, de manera mediata o inmediata, interesan en fin de cuentas al estatuto social y no al orden espiritual específico, al mundo creador individualizado del poeta.

El hombre —el poeta— es tan sólo un reflejo, instrumento fatal, inconsciente del orden en que se halla inmerso. En semejante condicionamiento histórico, es casi imposible que aflore el soliloquio disponiendo su autonomía poética. Ante cualquier posibilidad se levantan siempre numerosos y pequeños totems que absorben la misión creadora, convirtiéndola en un mecanismo, en un fenómeno casi puramente funcional. Imaginaos nuestra verde y luminosa porción terrestre —“mínimas aldeas de mimbre y de cigarras” —poblada por una curiosa y pintoresca legión de caciques militares, pequeños y poderosos políticos de provincia, probos institutores y ciudadanos de profunda abnegación municipal, cada uno, rara mezcla de parte familiar romano y empresario de guerra medioeval: el poeta, con frecuencia, tenía que compartir su vocación por la belleza con otros menesteres que iban, desde los más o menos

correlativos hasta los francamente contradictorios: lo mismo podía también ser maestro, periodista, gobernante, hacendado, legislador o sedicioso montaraz.

La configuración misma y el carácter de una realidad social semejante —realidad cultural siempre— impide la producción de la función poética en cuanto tal, es decir, como creación de sentido realizada con conciencia y dentro de la autonomía formal y valente que le es propia en su expresión más absoluta.

En ese estado de cosas, la razón que explica la ausencia de un hacer poético de estricta función espiritual reside en la imposibilidad que confronta el poeta en adquirir conciencia de su propia individualidad. Es pertinente indicar que toda explicación de esa estéril situación, basada en el carácter de los módulos educacionales y el gusto literario prevaleciente en la época, no sólo es superficial sino hasta ingenua, si se tiene en cuenta que, con ello, se toma un simple efecto más por la causa generadora básica, porque tanto las preferencias o modas literarias asentadas así como todo el aparato de formación educativa que pueda sacarse o relucir, no son sino, precisamente, una consecuencia, en su estrechez y oscurantismo, del sentido de la vida y de la realidad social que expresan.

Y no es que no hubiesen, potencialmente, poetas. Pero, así como la problemática política y ética se presentan en Grecia íntimamente ligadas, debido al hecho de que la polis helénica era un grupo religioso y político a la vez (1), en el sentido de nuestra poesía de entonces, los valores se ven condicionados, forzosamente, en los distintos casos, por el estatuto orgánico de la sociedad en la cual ellos se produ-

(1) Hermann Heller, *TEORIA DEL ESTADO*, Fondo de Cultura Económica, México, págs. 30-43.

cen, aún inclusive, cuando el tema desenvuelto es el erótico o el costumbrista. Sería prolijo enumerar casos y autores. Réstanos decir, en cuanto a este punto, que el quehacer poético es hasta una etiqueta y norma de "buen gusto", galante, con fervor patriótico y, en ocasiones, ligada a la bohemia de la época practicada por uno que otro autor en su vida privada. Claro, la poesía bien poco o casi nunca tuvo que ver con todo ello. Probablemente la única excepción la constituye Federico Bermúdez.

LO DOMINICANO O EL CAMINO HACIA LO UNIVERSAL

Con Domingo Moreno Jiménez todo el panorama anterior desaparece. Con él y a partir de su incidencia en las letras dominicanas, en la constante relacional hombre-sociedad, la fuerza determinante cambia de polo, invirtiéndose el orden en que se produce el fenómeno y, por tanto, el propio sentido de éste. Si antes la soledad creadora no había podido cumplirse porque el poeta obedecía —inconscientemente— al estatuto orgánico-social que lo regía, a partir de Moreno el mundo subjetivo del hombre se realiza en la producción poética, cambiando no sólo su estructura sino su mismo sentido.

Pedro René Contín Aybar (1) es el primer crítico dominicano que reconoce, señala y encauza en el terreno teórico-crítico la gran importancia de Moreno Jiménez: a partir de este poeta la poesía dominicana proporciona un sentido humano, auténtico y sincero, transfundiéndose el hombre en la expresión poética a través de sus conmovedoras

(1) Pedro René Contín Aybar, ANTOLOGIA POETICA DOMINICANA, Editorial El Diario, Santiago, R. D. (Primera Edición 1943). Ver, asimismo, numerosos ensayos y artículos publicados por este autor en revistas y diarios de este país, donde amplía y desenvuelve esta idea.

csencias y sus legítimas motivaciones. Ciertamente es ello, sin duda, y ya es un hecho histórico y constante —es decir, científico— en todo correcto planteamiento teórico del panorama poético dominicano. Esta noción, aunque provocó durante mucho tiempo, primero hilaridad y después absoluto rechazo, se ha impuesto al fin, más contra la ignorancia precisamente que a pesar de la eterna corriente reaccionaria que deben vencer siempre las manifestaciones superiores y progresistas de la vida.

Sobre la base humana de su poesía, Moreno aporta el cimiento necesario para la realización de la universalidad poética nuestra, o sea, su dominicanidad sincera penetrada de todas las implicaciones de nuestra realidad física, social y espiritual. Así se crea el fenómeno de una poesía de legítima e integral función espiritual donde el hombre no es ya un apéndice fatal del mundo que lo rodea, sino, al revés, la conciencia de un yo organizadora de las esencias y circunstancias de ese mundo, a través de su actividad creadora, vale decir, poética.

Alguien se preguntará si no hay contradicción en el hecho de afirmar, primero, que la base casi puramente sociológica de nuestra poesía anterior a Moreno Jiménez la descalifica como tal y, a seguidas, reclamar para él una estricta función poética exaltando, especialmente, las esencias dominicanas que informan toda su obra.

De ninguna manera. La poesía de Moreno Jiménez es importante y auténtica porque su dominicanidad, siendo el producto de una compenetración e identidad vital con su medio, lograda por la realización previa del mundo subjetivo del hombre, excluye, precisamente por ello, todo lastre y atadura sociológica para definir sus proyecciones en términos rigurosamente espirituales. Es así como deviene

en su poesía la fisonomía de una patria sin contornos y elementos patrioteros, simplemente folklóricos o sensiblerías eróticas de tipo donjuanesco. Si Enrique Henríquez, Arturo Pellerano Castro o Fabio Fiallo, por ejemplo, —cada uno dentro de sus motivaciones propias— transcurren siempre inmersos y sujetos al estatuto social —cultural— de su época sin poderlo superar, haciendo en todo caso una perecedera y circunscrita labor, Moreno, al contrario, incide en la vida misma, en la eternal condición humana de su medio, penetrando y ganando su realidad e intangibilidad espiritual: he ahí el hecho diferencial.

Sin duda, el fenómeno sólo fué posible por la inversión de los términos ya señalada: en la constante relacional hombre-sociedad, mientras Moreno organiza el medio que lo rodea en su poesía y para la poesía, aquellos son víctimas de una realidad histórica en cuyas herméticas, oscuras y paupérrimas circunstancias culturales se deshace toda posibilidad poética. Caemos así en el principio a que se ha hecho referencia. Es lo que explica también, de manera real y en última instancia, el que Gastón Fernando Deligne — uno de los más infructuosos versificadores de que hemos padecido— fuera incapaz de comprender la importancia de Rubén Darío, llegando al extremo de denunciar el Modernismo como un verdadero peligro, y que Fabio Fiallo —compañero de andanzas de Rubén— no se percatara en lo más mínimo de que, cerca de él y día a día, corría una anchurosa veta donde podía enriquecer su pequeño aunque en principio poético mundo.

Se advierte, por otra parte, con la explicación del *modus operandi* poético de Moreno Jiménez, que ha estado bien lejos de mi ánimo subordinar la calidad o el sentido de la poesía como fenómeno cultural a los elementos sociológicos anejos. Como bien cita Heller, “la dificultad no

consiste en comprender que el arte y la épica griegas se hallen vinculadas a ciertas formas de la evolución social. Lo difícil está en el hecho de que ellas guarden aún para nosotros goce artístico y, en cierto sentido, valgan como norma y modelo inasequibles". (1)

Por supuesto, Moreno no se planteó, a priori, como cuestión de principio, la enseñanza que encierra la anterior adquisición, debido a que procedió poéticamente, de manera pura y simple, impulsado tan sólo por su virtud creadora. Esta circunstancia es lo que hace valedero su lugar en la poesía dominicana, el cual es, como ya dije, todo su origen legítimo y su primera categoría histórica importante, a pesar del hecho sorprendente de que, en los días que corren, todavía hay quienes "descubren" a Moreno (¡¿?!) no obstante haberlo llamado antes de manera burlesca e irreverente, "buhonero de la poesía".

DE LA REALIDAD A LA IMAGINACION

Los saludables efectos de la aparición de Moreno Jiménez en nuestra lírica se advierten en la obra de ciertos poetas subsiguientes. Fórmase así todo un período que tiene singular fisonomía y una determinante importancia en el decurso de la poesía dominicana. Denominaremos este período el de los poetas post-postumistas. Lo integran, principalmente, Héctor Incháustegui Cabral, Tomás Hernández Franco y Francisco Domínguez Charro.

El sentido de la situación poética señalada no se explica por cuestiones formales o en general estilísticas heredadas del postumismo, sino por la formación de un sistema que, habiéndose esbozado en aquella actitud poética, ahora es cuando asume su forma más definitiva integran-

(1) Hermann Heller, ob. cit., pág. 126.

do el paisaje y un sentido de la vida inmanentes en nuestra específica condición humana.

Se ha indicado que "el escritor no sólo experimenta la influencia de la sociedad, sino que además influye en ella. El arte no sólo reproduce la vida sino que también le da forma." (1) La idea, aunque nada nueva, ajusta al estudio e interpretación del período poético representado por la obra de estos poetas, por cuanto élla, en conjunto, no sólo se nutre de una realidad histórica en la que juegan elementos sociales y culturales evolucionados con respecto a los que se habían cumplido en los anteriores momentos o períodos poéticos propuestos, sino también porque esa obra organiza, entonces, todo un sentido cultural diverso al traducir sus fórmulas poéticas, creadoras.

Así, el desarrollo de la poesía dominicana opera dentro de condiciones implicativas de un proceso lógico conducente a superiores metas, poéticas de suyo, o, lo que es lo mismo, interesando ya estructuras orgánicas, tanto formales como de sentido, atinentes a una categoría poética cada vez más rigurosa.

Las esencias dominicanas que en Moreno aparecen, siempre de manera sincera, en su estado más virginal, biológico, con frecuencia balbuceante y entremezcladas con superficiales corridas a la filosofía y con una vaga o confusa actitud religiosa, asumen en estos poetas los lineamientos de un sistema cabal que conforma con profundidad los cimientos raciales, psicológicos, físicos, existenciales y, en general, humanos de nuestra nacionalidad, agotando en un sentido inmediato sus más definidas consecuencias poéticas.

(1) René Wellek y Anstín Warren, *TEORIA LITERARIA*, Editorial Gredos, Madrid, 1953, pág. 170.

Héctor Incháustegui Cabral constituye la máxima expresión de este período. Su obra, que lo acredita, además, como el más importante poeta dominicano, hoy por hoy, (1) es toda una articulada concepción de la realidad del hombre enfrentado con su propio destino, en supremas condiciones de dramatismo vital y de inmediatez existencial con su medio.

Por el ancho cauce de su voz transcurren, apretadas y densas, desde las cuestiones más directas y superficiales, referidas al hombre considerado determinadamente, —en dura y singular dominicanidad— hasta las más recónditas y sutiles superestructuras espirituales. Más oportuna ocasión merece esta obra para un examen de sus privativos elementos y de esa base humana fundamental que le es propia y que insuflará después— en los días que discurren— la poesía dominicana más reciente, aunque ya a través de un lenguaje diferente y con orientaciones definitivamente subjetivas y esenciales en cada caso.

Hernández Franco y Domínguez Charro aportan una mayor agilidad formal que se concreta mediante el empleo de un lenguaje de intensa función metafórica que, en ocasiones, casi alcanza el plano de la imaginación pura. Mientras el primero construye un radiante universo donde luz y el paisaje del trópico se manifiestan como elementos correlativos de una concepción mágica de la vida, el segundo

(1) Pedro René Contin Aybar, ob. cit. Ver, además, en este sentido, los artículos diversos publicados por dicho escritor en los principales diarios y revistas de nuestro país. Incháustegui es "una invención" de Contin Aybar, según cierta expresión irónica y mordaz. Sin embargo, esta "invención" es, además de la de Moreno Jiménez, una de las cuestiones más importantes que en el terreno de nuestra crítica han sido planteadas en cuanto a poesía se refiere. Por lo demás, la misma obra de Incháustegui Cabral demuestra, de manera aplastante, no sólo el acierto del "inventor" sino también la indiscutible primacía del "invento".

establece en su mensaje una fe social y una confusa intención americanista, no exenta de la influencia directa del sentido de arraigo y de reivindicación de lo americano que ya había lanzado el Postumismo de Domingo Moreno Jiménez.

Sin embargo, es sólo con el advenimiento de La Poesía Sorprendida cuando se incorpora a nuestro quehacer poético el reino de la imaginación, comunicándole a la lírica dominicana el elemento formal de progreso expresivo de que antes carecía. Es así como en nuestra actividad poética toma lugar el mundo de lo onírico y se sistematiza una metafísica del lenguaje, principalmente, por la aceptación y adopción de las conquistas logradas a través de los movimientos creacionista y surrealista, iniciándose así una importante fase de experiencia poética.

Aún cuando, por la actividad de La Poesía Sorprendida, el impacto del lenguaje poético proveniente de esos movimientos se produce en nuestro país, precisamente, cuando ellos ya constituyen actitudes abandonadas o, por lo menos, en franco descenso en sus medios literarios de origen, sin duda convenía a las perspectivas lógicas de progreso y a la dinámica cultural de nuestra poesía, la atmósfera y los procesos altamente simbólicos e irracionalistas que se incorporaban, así como la temática y el repertorio de objetos poéticos — la muerte, la soledad, la rosa, los ángeles, etc.— característico ya en la obra de alguno que otro gran poeta universal y que la actividad del grupo puso en boga y estableció definitivamente en el lenguaje poético dominicano.

Con semejante ocurrencia adviene un lenguaje determinado por una doble raíz de ocultación y revelación, si alternativa, además, simultánea. (1) Asume forma así un

(1) Guillermo de Torre, *PROBLEMATICA DE LA LITERATURA*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1951, págs. 140-159.

dogma y una finalidad poética cuyos valores sustantivos se encuentran aparcados en el territorio del sueño y el misterio de esa "atmósfera encantada" de que nos habla Vicente Huidobro.

Franklin Mieses Burgos es la primera figura del grupo y una de nuestras más altas expresiones poéticas. Su poesía, en la que se advierten siempre, en armónico matrimonio, los arquetipos poéticos más clásicos y modernos, es un orbe de deslumbramiento y arrebatada maravilla donde la imaginación describe alucinadas órbitas, recorriendo de extremo a extremo el tiempo y el espacio poético: desde Prometeo hasta Tomás Sandoval, desde los ángeles rebeldes hasta los tiernos, rubicundos y apacibles serafines, todos alrededor de la eterna rosa, flotando, siempre fresca, en su poesía.

A Mieses Burgos es necesario unir los nombres de Manuel Llanes y Freddy Gatón Arce, quienes completan el conjunto más característico y de mayor significación poética de la agrupación. Frente a la magia hermética, grave y radiosa de Llanes, Gatón Arce construye un lenguaje que, en medio de su desnudo y fulgurante esplendor de entonces, pareció vaticinar una de las más extraordinarias capacidades expresivas de nuestra lírica.

Con La Poesía Sorprendida avanza un período de capital importancia en nuestro decurso poético. Este período realiza su ciclo de polo a polo, estableciendo, firmemente, experiencias y conquistas poéticas de tipo fundamental: de la realidad a la imaginación. Se cumplen así las dos primeras fases de un proceso que desembocará, en los días actuales, en lo que podríamos considerar su remate o fase de síntesis y que será objeto de las consideraciones que se hacen o continuación.

EL HOMBRE Y SU DESTINO

*Ganada ya su autonomía espiritual y cumplido un con-
siguiente ciclo de universalización con el establecimiento de
la realidad y la imaginación, la poesía dominicana avanza
en su desarrollo hasta una etapa en la cual entra en juego
la generación poética a que he aludido, cuya justi-
ficación y realidad se basan en un sentido creador y en una
actitud espiritual de la que participa el libro precedido por
estas consideraciones.*

*La Lumbre Sacudida, al consagrar la expresión, el
ejercicio de una conducta espiritual característica en un
valioso sector de la última poesía dominicana, ofrece, ade-
más, en su profunda y ejemplar medida, la prueba de ese
fenómeno generacional de que he hablado, a través
del cual una "inmensa minoría" de nuestra juventud ha
desenvuelto sus interrogaciones y sus tareas creadoras bajo
la advocación y los inevitables efectos de la gran conmo-
ción, de enorme repercusión humana, que palpita en
los órdenes de nuestra época. Pero esta permeabilidad fren-
te a los sacudimientos del hombre actual, lejos de producir
infecundos espasmos, ha sido, por el contrario, la circuns-
tancia propiciatoria de un designio integrador donde se pro-
mueve una actitud trascendente cada vez más atenta a las
legítimas derivaciones de nuestra específica condición hu-
mana.*

*Una inconfundible línea poética prosigue, de manera
consecuente y en su turno histórico y estético, el desarrollo
evolutivo de la poesía dominicana, aportando una singular
actitud de indagadora —y reveladora— profundidad nu-
trida de vitales circunstancias. Los nombres de Víctor Vi-
llegas, Ramón Cifré Navarro, Alberto Peña Lebrón, Abe-
lardo Vicioso, Rafael Lara Cintrón, Lupo Hernández Rue-*

da, Máximo Avilés Blonda, Luis Alfredo Torres, Guarocuya Batista del Villar y el que estas líneas escribe, constituyen el núcleo poético que ha sido situado bajo las siguientes denominaciones: "La generación de post-guerra", "La generación del 48" como la ha bautizado Máximo Avilés Blonda, y también "La generación integradora", según ha propuesto Víctor Villegas. (1)

Pedro René Contin Aybar había insinuado también la existencia de esta generación, ya antes, en una época en que el generoso abrigo de los Cuadernos Dominicanos de Cultura, bajo su dirección, se manifestó frente a las jóvenes musas que iniciaban sus pasos, aunque pueda señalarse con toda propiedad que en aquella ocasión no eran todos los que estaban ni estaban todos los que eran. La idea de la existencia de una generación ha sido reiterada, últimamente, por este escritor. (2)

(1) La denominación de "generación del 48" se debe a que en el año 1948 comenzamos a publicar, simultáneamente, en la sección Colaboración Escolar y en la página literaria dominical del diario El Caribe, a la sazón dirigidas por doña María Ugarte, los jóvenes poetas Abelardo Vicioso, Lupo Hernández Rueda, Alberto Peña Lebrón, Máximo Avilés Blonda, Rafael Lara Cintrón, Abel Fernández Mejía y yo. Me parece que la citada denominación peca por la estrechez de su idea básica, debiendo ser sustituida por cualquiera de las dos ya mencionadas. He dejado fuera de la lista que, para mí, integra la generación aludida, a los siguientes poetas: Héctor Pérez Reyes, Francisco Antonio Cruz, Enriquillo Rojas Abreu, Ciriaco Landolfi, Ramón Francisco, Abel Fernández Mejía, Heriberto Bobadilla Beras, Juan Sánchez Lamouth, Andrés Lora Meyer, Ramón Lacay Polanco, Rafael Astacio, Marcio Veloz Maggiolo y Rodolfo Coiscou Weber. A pesar de que muchos de ellos han desenvuelto su labor, desde el punto de vista cronológico, conjuntamente con nuestra generación, existen numerosas diferencias que han determinado en mi concepto la separación. Ello no obedece, sin embargo, a un criterio propiamente valorativo y no entraña, en consecuencia, ningún juicio acerca de la obra que realizan estos poetas.

(2) Pedro René Contin Aybar, **POETAS JOVENES DOMINICANOS**, prólogo a una selección de jóvenes poetas publicada en Cuader-

He hablado de un designio y de una función integradora como indicios característicos de una labor a través de la cual puede reconocerse, realmente, la existencia de esa, nuestra generación poética. Dicho esto, es preciso apuntar una doble dirección según la cual se cumple y se define el referido carácter distintivo. De una parte, no es ya la persistencia ostensible de los temas, las preocupaciones y la misma temperatura —forma y fondo— que son típicas en esa gran mutación del espíritu actual que tanto ha invadido y se revela en la literatura, sino más bien, el mecanismo según el cual se llega a esa situación. En esto último es donde reside propiamente la particularidad del hecho.

Un examen de la producción de los poetas mencionados como integrantes de la generación, y que ha sido publicada sobre todo en forma dispersa en revistas y diarios de nuestro país, revela al instante el propósito de tocar con sus asedios expresivos un solo tema y asunto alrededor del cual giran las particularidades impuestas por cada una de las individualidades creadoras. Ese único tema objetivo poético es el hombre, considerado éste en su inevitable contingencia vital, como un ser de diaria y activa producción de alma.

Ello haría pensar, por supuesto, en un parentesco espiritual directo con el momento o período del cual Incháustegui Cabral es la figura capital. Es indudable que, desde cierto punto de vista, este período viene a ser el vivero

nos Dominicanos de Cultura, No. 78-79, Febrero-Marzo, 1950. Ver, además, del mismo autor, **LA INVENCION POETICA**, prólogo de "Trío", primer volumen de esta misma colección **El Silbo Vulnerado**. Nuevamente se revela la penetración y el sentido crítico de Contín Aybar, así como su honrado espíritu de investigación y orientación de la poesía dominicana. Es el primero que advierte e intuye la presencia de un fenómeno de conciencia común, un estado de alma colectivo representado por la generación nuestra. Como en las otras dos oportunidades (los casos Moreno Jiménez e Incháustegui Cabral) Contín Aybar en este caso ha vuelto de nuevo a "inventar", según la conocida y reaccionaria tonadilla.

o factor herencial de la "generación de post-guerra" así como, a todas luces, su antecedente histórico inmediato. Sin embargo, la intención humana en los poetas nuevos, aún cuando surge por vía de un enfrentamiento con la realidad —como en el caso de Incháustegui— difiere de su antecedente en que ella continúa más allá de la inmediatez vital, internándose en los más profundos estratos del espíritu, para adoptar así un tono de mayor definición subjetiva que hace derivar la especulación poética hacia un plano de concepción cada vez más integral.

Es de observarse, por otra parte, que la acentuada y evidente orientación simbólica que en el aspecto formal se advierte en la mayoría de estos nuevos poetas, tiene un comportamiento marcadamente distinto al que caracteriza la función del lenguaje en La Poesía Sorprendida. Mientras en este grupo el cometido expresivo se mantiene en la pura abstracción, dentro de una intencional atmósfera de sueño e irrealidad, la "generación de post-guerra" le imprime a su mecanismo imaginativo una finalidad expresional que, aún cuando opera con acusadas propiedades de sustitución —de tipo simbólico siempre— alcanza en cambio, el ejercicio, el planteamiento de un encuentro absoluto con nuestra condición humana, aún en el orden más diverso, inclusive yendo desde la posición religiosa hasta otras que podrían considerarse como desentendidas de esa esfera espiritual. (1)

(1) Sin embargo, Manuel Valerio y Manuel Rueda, dos poetas iniciados dentro del grupo de La Poesía Sorprendida, continuaron luego una labor que, con el correr del tiempo y teniendo en cuenta la orientación seguida, permiten significarlos como dos puntos de contacto a través de los cuales podría establecerse una línea consecutiva originada en aquel grupo poético y que llega hasta la labor desarrollada por la generación de post-guerra, inclusive en los días que corren, bien que al final pueda advertirse fácilmente la diferencia a que me he referido. Es preciso señalar, no obstante, que Manuel Valerio demuestra, en las últimas manifestaciones de su hacer poético, un estancamiento notorio caracterizado por una ar-

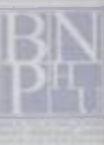
Así pues, el resultado integrador se define no por la simple adopción de cierto lenguaje o temática propios de las corrientes más importantes de la última poesía universal. Se trata de un proceso, diríase, de auto-contemplación, de vuelta a los orígenes y a las raíces íntimas de nuestra condición humana. Nuestra generación, de esa manera, no reacciona contra nada ni se embarca en programas teóricos o creativos de índole contraria a los períodos antecesores. Sólo ve en ellos lo permanente que aportan, y decide su propio destino con arreglo a una finalidad creadora que, lejos de desdeñar lo positivo dado, tiénelo en cuenta al proseguir con su trabajo el desarrollo siempre progresivo de la poesía dominicana.

Aparte de las razones puramente artísticas que han obrado en la formación del actual período poético dominicano, cabe tener en cuenta hechos de distinta naturaleza producidos en la vida de nuestro país y que han sido determinantes de una nueva conciencia social y cultural. La influencia de estos factores político-sociales en la creación de una conducta artística, que pueden servir, en toda su justa medida, para explicar la naturaleza, orientación y estado actual de nuestra poesía, han sido examinados ya en otros ensayos con la extensión y profundidad que ellos demandan. (1).

A ellos remito la atención del lector, dada la amplitud con que se examina este particular aspecto formativo de nuestra cultura, considerando también que ello constituye

tificiosa repetición de elementos que sitúan su labor, por lo demás, en intrascendentes modalidades llevadas, incluso, a los extremos más pueriles.

- (1) Pedro René Contín Aybar, **LITERATURA EN LA ERA DE TRUJILLO**, Revista Renovación, órgano del Instituto Trujilliano, No. 4, entre otros varios ensayos importantes de esta índole.



un provechoso medio de ahondar, a ese respecto, el sentido de estas necesariamente breves consideraciones, cuya limitación dimana por fuerza de la diversa naturaleza de este trabajo.

*Creo que los elementos, circunstancias e indicios examinados en torno a la posibilidad de la generación propuesta, conducen, de manera innegable, a revelar la existencia real de la misma y a corroborar mi afirmación de que nuestro poeta Abelardo Vicioso y su libro *La Lumbre Sacudida* forman parte importante de un todo determinado por los factores "coetaneidad, compañerismo, intercambio, reacción similar ante excitantes internos". (1). Al respetable y lógico criterio externado en la materia por Dámaso Alonso al examinar la generación poética española 1920-1936, me acojo, pues.*

UNA POESIA RESPONSABLE

Si hay algo que está implicado en la poesía trabajada por nuestra generación, es la preocupación por la vida, entendida ésta como un inmenso recipiente donde se vierte una específica condición humana enmarcada por un tiempo y un espacio dados. Vale decir, la condición humana nuestra.

En este libro de Abelardo Vicioso, esa condición ha sido integrada y magnificada, en sus raíces y proyecciones más lúcidas e importantes, en virtud del hallazgo y la transmutación poética de sus inmanentes esencias universales. Resultado óptimo, sin duda, —siempre fundamental— que, no obstante, sólo puede ser logrado cuando el poeta se apercibe de su grave función, o sea, cuando logra situarse correctamente frente al problema del destino de la poesía, el

(1) Dámaso Alonso, **POETAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS**, Editorial Gredos, Madrid, 1952, pág. 182.

cual, a su vez, está indisolublemente ligado al destino del nombre, tal como lo que es y siempre ha sido: su espejo y su impercedera criatura más preciada.

Y la poesía de Abelardo Vicioso es insobornablemente humana, espiritualmente funcional. Vinculada siempre a las más arduas instancias humanas, su poesía deviene siempre instrumento de profunda pasión, de intenso y fresco registro de emociones, nunca apartado de una concepción integral del hombre en su problematicidad vital. Sí, intenso fervor por la causa del hombre hay en toda su poesía, pero no el hombre considerado como simple abstracción sino como una entidad activa que se formula interrogaciones, ensombrecido o alegre, frente a su lugar, su valor y su destino en el mundo.

De ahí que su poesía sea siempre leal a una finalidad trascendente de la creación poética. Así, en La Lumbre Sacudida se encuentra implícita una abominación de la aventura sin raíz que resulta de cierta poesía intentada como simple juego del espíritu y de la que se encuentra siempre ausente esa característica energía creadora que, al invadir y transformar el lenguaje, produce a su vez un nuevo orden y una distinta realidad expresiva: la auténticamente poética.

Para Abelardo Vicioso el lenguaje es un vehículo de profunda comunicación poética, no una pueril repostería lograda por el acomodamiento de determinados giros o la intromisión de ardidés retóricos propios de aquellos que se quedan siempre en la eterna antesala del rezumo exterior, epidérmico, de las palabras.

En el hacer poético, al trabajo de puro ornamento, a la aventurera habilidad orfebre que sólo toca al lenguaje con su misión superficial, se opone la auténtica finalidad crea-

dora cumplida mediante la realización trascendente, vital, de la expresión poética. Y Abelardo Vicioso es un poeta vital. Ello explica que busque siempre penetrar en esa elementalidad humana donde la alegría, la tristeza, la angustia y la esperanza se producen dándonos el preciso contorno del destino del hombre, anegadamente lleno de interrogaciones, pleno de pasión de vida, desnudo y virgen desde siempre.

Centralmente hablando, su poesía es, pues, de un alto grado vital. Lejos de apoyarse en ese frecuente narcisismo intelectual que produce los siempre pequeños mitos poéticos de tipo personal y toda la poesía de puro gabinete o despacho, nuestro poeta mueve su canto dentro de la vida misma, sintiendo el alma y la voz nutridas por su poderoso y al mismo tiempo agónico viento.

Anegada de vida, su poesía emerge con una radiosa aureola que se distingue bien pronto, sin embargo, de cualquier otra posición más o menos semejante o antecesora. Aunque por su vital deseo de alegría —más bien de plenitud y perfección— pueda hallarse una vinculación con Withman, en la poesía de Abelardo Vicioso no existe ese monocorde sistema de divinización material que es propio de Walt, sino una original tendencia espiritual y subjetiva que revela en su trayectoria una desigual y hasta a veces contrastante línea de emociones y anhelante fervor humano. Esta particularidad recorre así toda la extensión de La Lumbre Sacudida. Valgan unos ejemplos escogidos al azar:

“Pero hay la vida, un llanto, mil rumores. . . .”

*“Mi cuerpo, este pedazo de mundo
donde el mundo está entero viviendo. . . .”*

“No estoy solo. El mundo tiene muchas cosas que son
(mías,
mucho dolor que es mío. . . .”

“Porque estoy en el mundo sumergido. . . .”

Aunque el poeta se empeña expresamente en dar la idea de una ubicación objetiva en medio de la vida y del mundo, en verdad lo que hace es provocar en su espíritu la irrupción de la realidad donde siente arder las potencias de las cuales se nutre su creación.

Y esto es cierto hasta cuando, por efecto de su impulso vitalista, llega a sentirse confundido, materialmente, con lo circundante, cuestión que se explica por el encendido fervor que mueve su simpatía humana. El siguiente verso lo prueba:

“Quiero cantar las cosas que son y que suceden. . .”

Este verso da la clave de la posición direccional de su poesía. Quiere Abelardo Vicioso que por su voz fluya la vida toda y todo el mundo como un continuo rumor, a veces susurrante y tierno, a veces apasionado, desesperado, oscuro. Es así como por su poesía penetran el amor y la tristeza buscando, a puros tumbos, una alegría omnímoda y radiante, meta final de su vigilia creadora.

HISTORIA DE LA ALEGRÍA

Ciertamente, la poesía de Abelardo Vicioso avanza hacia la consecución de la alegría, pero podría añadirse que se trata más bien de una crucial tentativa de recuperarla. Conocemos así algo primario que interesa enormemente a la razón esencial misma y al movimiento de su hacer poético: Abelardo Vicioso parte del supuesto de una perfección inmanente como estado de la vida que se cumple y se ma-

nifesta mediante la alegría y sus consecuentes atributos de amoroso existir, transparente bondad y ahinco fraternal: he ahí la premisa edénica que le sirve de soporte y cuyo anonadamiento en el bullente caos del mundo y de la vida determina su ir y venir poético, siempre en alas del regreso hacia el reencuentro preferido.

Por eso, en Lámpara en la Ausencia y los cinco sonetos iniciales el amor se plantea con virginal e ingenua ternura a propósito de la amada ausente: "Clelia" lejana hoy, cautiva siempre en un brumoso tiempo ido que no cesa de volver. En ese inicial recinto, el amor empieza su faena con íntimo rumor, pero su significado se va desplazando hacia todas las circunstancias anejas de la vida, al mismo tiempo que realiza reencuentros con su imagen o situación original, dándonos, de esa manera, un proceso de fusión temática o unidad sustantiva que explica, a las largas, la verdadera función de esta idea del amor en el libro.

En Más cerca de la Tierra el poeta entra de lleno en la vida, conociendo sus desnudas modalidades, su crueldad, su dulzura patética. En semejante trance, el amor que alienta su travesía terrestre tropieza con la realidad, produciéndose, entonces, un íntimo debate que sacude la expresión de sus versos en esta segunda parte del libro. Por efecto del choque entre la realidad vital y la imagen pura del amor alentado, el poeta experimenta una tediosa angustia. Así nos dice:

"Entro al amor, liviano, sin recuerdos. . . ."

El poeta siente en la ciudad el peso total de la vida. Su tránsito deviene alucinación, cierto grávido horror muy cerca del sistema baudelariano: "Horror del vivir, éxtasis del vivir" clamaba el desesperado autor de Las Flores del

Mal. Por ello nuestro poeta siente su cuerpo sitiado por un "pelotón de hormigas" y nos habla de una paloma que lo mira como a un extraño. Esta situación se concreta mediante una conciencia de estar entre las cosas, trasfundido, dando, al mismo tiempo que recibe, ardientes emociones, heridos sueños:

"Porque estoy en el mundo sumergido,
triste, lleno de ron y de lamentos. . . ."

En *La Lumbre Sacudida* se repite constantemente el objeto poético "ciudad" y de inmediato se aprecia que esa circunstancia contribuye en grado sumo a formar la línea movable y los recintos de la poesía de Abelardo Vicioso. Pero para precisar la función de este elemento "ciudad" en su poesía, se debe tener en cuenta su condición de "objeto" que "significa", es decir, que existe de determinada manera además de existir pura y simplemente, amén de las amplias "categorías emocionales" implicadas en el "significado" poético (1).

La ciudad es para nuestro poeta, desde ese punto de vista, una situación de revelación en la cual se desvanece el ansia y la condición elemental de su espíritu que es la inocencia y el deseo de alegría: así resultan la tristeza y la soledad como estados de alma subsecuentes. La angustia humana resulta así por efecto de la imposibilidad de trasladar su mundo individual: angustia que es íntima, desoladora "exhultación como consecuencia de una voluntad que tropieza con el destino" (2).

(1) Wolfgang Kayser, *INTERPRETACION Y ANALISIS DE LA OBRA LITERARIA*, Editorial Gredos, Madrid, 1954, págs. 451-482.

(2) Juan Jacobo Bajarlia, *NOTAS SOBRE EL BARROCO, UNDURRAGA Y LA POESIA CHILENA, GONGORISMO Y SURREALISMO*, Santiago Rueda, editor, Buenos Aires, 1950, pág. 23.

Pero aún en medio de la tristeza, el poeta se siente acompañado por el amor y el ansia infinita de alegría, elementos sustantivos de su función poética. Sí, se cumple el propósito de la alegría mediante una precisa afirmación del deseo, aún en medio de la soledad y la tristeza donde se recluye el espíritu del hombre. Contrito aún y como si hablase consigo mismo, el poeta exclama:

“Y yo te estoy queriendo tan necesariamente que buscando tu origen me propongo olvidarte. Te traiciono, tristeza, ¿ves como te lo digo?...”

Porque surge entonces la iluminadora esperanza, la fe en la condición espiritual mantenida y vista en todos los elementos del mundo. No hay que olvidar que ese sentido de radiante esperanza que se nota en Abelardo Vicioso forma parte de un supuesto apriorístico representado por una visión ingenua, pura y adánica de las cosas que cruza su poesía, constantemente, dando la posición de origen, en cada situación, de su impulso lírico.

*“Levantarán sus tallos las praderas
y habrá paz y belleza bajo el cielo...”*

*“Fuertes tallos erguidos,
paz junto a la dulzura...”*

Y se afirma el triunfo final de la alegría, no obstante el tono intermitente de tristeza profunda que salpica toda La Lumbre Sacudida. Culminación casi himnica, jubilosa, que, aún cuando no tiene el ímpetu oratorio que permite reconocer las actitudes románticas de índole externa, sin embargo, alcanza la más viva expresión e intensidad espiritual interior: fresco triunfo final de la alegría, vuelta a los propios orígenes, justicia circular realizada en sí mismo a través de la inocencia y la pureza:

“Aquí entonamos nuestro himno de vida general,
nuevo, vital, desnudo, transparente,
aquí se juntan nuestras voces como se juntan nuestras
(manos....”

Porque la índole romántica que, sin duda, existe en la poesía de Abelardo Vicioso es de orden interno, reside en su actitud ideológica, en la organización de propósitos que inunda su poesía: ese anhelo de lo perfecto que deviene transparente, apasionada angustia por no poder realizar el mundo a la medida de una visión de bondad y ternura básicas. La poesía de Abelardo Vicioso destila así un permanente caudal de ingenuidad como si en un universo de entuertos y malicia culpable el poeta quisiera hacer florecer una delgada flor de inocencia y pureza:

“El amor es la alegría,
la cara más definitiva de la alegría....”

Por último, conste mi reparo al poeta por haber incurrido en una concesión a los declamadores y a la declamación, al incluir en La Lumbre Sacudida el poema “Pescador de mi Tierra”. Fuera del charlatanismo pseudo-filosófico, no sé de nada que arroje más tergiversación y despropósito contra la poesía que la declamación y los declamadores.

INIQUITATIS SENTENTIAE QUERELA

Y es que, en efecto, estas cosas, cada una a su deplorable manera, constituyen en nuestro medio cultural los más caracterizados y encarnizados vehículos de agresión contra la verdadera y resuelta poesía.

Pero si a la charlatanería pseudo-filosófica se agrega una feroz y oscura egolatría, estaremos entonces no ya tan

sólo frente a la típica actitud anti-intelectual que la falta de seriedad y de equilibrio delimitan sin duda, sino también frente a un curioso caso originado en los más sombríos y jadeantes estratos de la psico-patología. Como es obvio, de semejante engendro anti-espiritual no necesita cuidarse ni la joven poesía dominicana ni nada. Por lo menos, desde el punto de vista poético.

La Lumbre Sacudida en sí misma y en lo que ella representa como expresión de toda la mejor promoción de joven poesía dominicana, se basta en su auténtico y rebo-sante poderío espiritual, en la seriedad de su cometido y en la capacidad creadora demostrada. Hermoso ejemplo del ardoroso y serio esfuerzo de la mejor promoción poética reciente del país, este libro encierra una dura lección para la charlatanería, el desequilibrio y la incapacidad creadora que las jóvenes musas han rechazado siempre, leales como son a una función poética de verdadero y profundo destino.

Y no podía ser de otra manera en un libro como éste que resulta de una generación en cuyo trabajo creciente y amoroso reside la culminación y el porvenir de las más altas posibilidades del destino poético dominicano. No estar atento a ello y agredir históricamente estas proyecciones es sólo propio de aquel que, después de fracasar en su intento de ser poeta se torna peor retórico, verdadero arsenal de risibles recetarios y de especulaciones teóricas carentes de la más elemental seriedad y cordura.

Pero en vano se tratará de detener la historia con añagazas y martingalas. En su sitio estará por siempre el profundo hombre, como en este libro, para fabricar, en la pro-

picia hora que vive nuestra patria, los bienes más caros a su patrimonio y destino. La Lumbre Sacudida es una entrañable prueba de ello, repito.

RAFAEL VALERA BENITEZ

LA LUMBRE SACUDIDA

AMOR LLENO DE LUTO CONMOVIDO

Y O sé que estoy en tu dolor creciendo,
forma de espiga, lágrima primera,
copo de sol, incienso, primavera,
yo sé que estoy para tu amor naciendo.

Asignado al crisol de la esperanza,
tierno, lleno de luto conmovido,
tu amor tiene su rostro parecido
a una isla de sueño y de confianza.

Pálida voz de sueño son tus ojos,
tierra para sembrar de ruiseñores
en la mañana azul de mis despojos.

Pero hay la vida, un llanto, mil rumores
y una mano llenándome de abrojos
contra tí, que has crecido en mis dolores.

PRIMAVERA EN LA SOMBRA

DESDE la espera donde te reclamo,
desde amarga prisión, desde la espera
nace, naciendo gris, la primavera
presentida del día en que te amo.

La ciudad ha extendido sus resabios
hasta mis soledades amorosas.

Hay espinas creciendo con las rosas
y luciérnagas muertas en los labios.

Pero no he de quemar tu mano triste
con lágrima de amor desparramada,
no he de llorar si tu mirada insiste
en liberar de sombras mi morada.
¡Cuánta luz en mi pecho consumiste
para entrar en la espera sosegada!

ENTRADA AL AMOR

ES la mañana del amor, el beso
tiene aromas de rosa en tu cintura,
una granada abierta es la figura
de tu cuerpo en el agua del regreso.

Quiero pescar luceros y, por eso,
bajo a la fuente germinal y oscura
donde la piel de tu vigor es pura
y donde sabe a caracol el beso.

Tierra en donde mi espuma se derrama,
fértil vuelo de un ángel que nos guía
seguro de tu lámpara y mi llama,

es la piragua de tu cuerpo amigo
amarrada a la orilla de este día
esperando el embarque de mi trigo.

SONETO ENAMORADO

"Si para estar ahora enamorado
fué menester haber estado herido"

Francisco Luis Bernárdez

SI para penetrar en tu ternura
he de perder la luz que me agiganta,
la sombra que en mi pecho se levanta
será pasto de amor a tu hermosura.

Si he de perder también esta cordura
que himnos de paz para la vida canta,
tus labios me darán ternura tanta
que será dulce guerra esta locura.

Hay una soledad que me congela
el vasto corazón que se deshace
como en un mar glacial barco sin vela.

Pero tú guardas en el joven pecho
la lumbre de pasión con que me place
quemar de amor el corazón deshecho.

SONETO AGRIO

ENTRE calles sin luz, entre estaciones
sin una fruta nueva por las manos,
entre labios mordidos, entre hermanos
nutridos de la piel de los limones.

Solo como tristeza en mis canciones,
cansado en la oración que dice: "Danos
nuestro pan cotidiano, vida, danos
un día de fiesta en nuestros corazones".

Lento camino la ciudad y lenta
la ciudad entra en mí como un fantasma
que agrieta de temor venas y arterias.

Y por la madrugada soñolienta
el sueño se me escapa y me entusiasma
bailar como un payaso de las ferias.

LAMPARA EN LA AUSENCIA

EPISTOLA A CLELIA

MORA en mi pecho una palabra dura,
un paje gris de mi nocturna frente,
desde que el mar llevóse tu hermosura.

Una escala de nieve hacia mi mente
puebla de tercos pájaros la risa
y abre el camino a la ciudad doliente.

Con amoroso barco por divisa
surco, pirata, mi ciudad, y en cada
puerto zozobra embarcación sumisa.

Yo no sé si eres tú o es la mirada
fija y desnuda de la calle rota
lo que impulsa mi mano hacia la espada.

Un tallo amargo de mi frente brota
como retama de mi voz crecida
sobre el recuerdo de una sal remota.

Pero también hay luz para vivida
de este lado del mar que nos separa
y hay la noche del Sur para dolida.

Amor en esta voz tiene dos caras:
una ausente: la tuya y siempre viva,
y otra de verde y sol con que cantara
si esta cara al cantar siguiera viva.

CARTA DEFINITIVA

DESDE que tu mirada temerosa
despertó el ángel de mi fantasía
y me apartó del mar y de mi gente,
la materia que integra mis paisajes
parece haber brotado de tu pelo
y estar llena de todas tus costumbres.

Sin embargo, tu voz suena distante,
la palabra que espero de tus manos
cambió de rumbo antes que llegaras
a fundir en metal mi sueño puro.

Y junto al panorama de lamentos
que a diario miro desde mi ventana
se levanta la forma de tu nombre,
soledad me la brinda como lámpara,
pero tú misma insistes en ponerla
de espaldas a mi voz que te reclama.

De ahí que noche a noche, día a día,
mis caminos se tornen impalpables.
Trato de respirar algo perfecto,
de ver lo que tú ves en tu mirada,
pero es más grande la palabra sueño
y la inquietud que viste mi silencio
te sale a procurar a cada instante.

Lenguas de fuego me consumirían
si hoy te ofreciera, patria de mis besos,
todo el dolor del mundo confundido
con este amor que miden mis palabras.
Sé bien que en el planeta que presides
no hace falta morir a cada instante
para saber que existe primavera
sin que sepan a miel los azahares.

El pedazo de viento que consumo
para verte hacer juego con la noche
no está lleno de miel sino de labios
que no saben decir más que: “no es nada”
cuando el hambre les quema la garganta.
Pero este amor y este dolor que traigo
son los que han fabricado la hermosura
y la verdad con que tú te sostienes
y se sostiene el mar en mis ciudades.

Ya todo es imposible sin mi llanto.
Volver a ver el mar es imposible
aunque decidas olvidar tu cielo
ahora que yo regreso a mis ciudades.

No me queda ya más que la ceniza
de lo que pudo ser la maravilla
de amanecer en una luz extraña,
lejos del vendaval que me tortura
cuando leo el diario en las mañanas
y más cerca de un mundo de palomas
y alegres cantos entre los andamios.

Ahora te digo adiós, pero te espero,
porque sé que algún día, como antes,
levantarán sus tallos las praderas
y habrá paz y belleza bajo el cielo
y entonará mi corazón un grito
capaz de alzar los muertos de la tierra,
cuando tú, más allá de mis heridas,
reclames el amor y me reclames.

DAME UN AMOR FUGITIVO

DEJAME contemplar la plenitud del mar y de tu frente,
ángel tibio que te dejas amar,
ángel en otros labios escanciado.
Déjame fabricar un acontecimiento fugitivo,
faena útil del amor,
acantilado, sueño grato
para los que vendrán después de tu sonrisa.

Es el momento de la siega, el esperado
momento de la siega bienhechora.
No lo destruyas con una frase pequeña,
con una sílaba pequeña, flor o luz, no lo destruyas,
que tu mirada basta para levantar posesiones gigantes
en el robusto pecho mortal de mi silencio.

Ejemplo del amor infinito soy ante tu presencia,
pasto para el ganado que ha de llenar las tierras milagrosas.
Oh árbol ansiado de la luz:
trepo tus ramas
y los luceros se estremecen de frío!

Algo de mi dolor tiene que ver con tu presencia,
heredera del milagro.

Hoy me parece que contigo
no habría necesidad de hacer un mundo nuevo.

Pero es preciso comprender que algo de ti se irá
con las últimas lluvias de mi verano ardiente,
y hace falta mirar los prados, remozarlos
con agua nueva de los nuevos ríos,
aunque después me muera como un hombre,
con el sudor apegado a mi rostro
y un nombre limpio en mis labios apenas.

CARTA COMO UN DESTELLO

EN las noches adultas de mi ciudad caliente,
cuando la soledad inicia su pasión por las calles,
me gustaría vagar desnudo bajo la lluvia
y sentir los pasos de la lluvia sofocando mis pasos.

Mi cuerpo, este pedazo de mundo
donde el mundo está entero viviendo,
vibraría bajo la luz intermitente del relámpago,
con la caricia musical y violenta del trueno,
con el beso sincero y penetrante del agua.

Yo te invito, muchacha que en mi amor has crecido,
a que vaguemos juntos con la lluvia por la ciudad callada,
a que corramos por las calles asidos de las manos,
hasta unir nuestros cuerpos desnudos en un beso,
mientras el mismo Amor nos bautiza con sus manos
(delgadas.

Ahora no recuerdo el color de tus ojos
ni la forma exacta de tus labios,
si tu pelo es unánimemente negro
o se parece a la corteza de algunos árboles,
dónde tu piel es más hermosa,
dónde tus piernas y tus brazos.
Carezco de palabras precisas para definir tu hermosura,
para poder decir que tus manos acarician suavemente
o tienen los estigmas de la lejía o el arado.
Nada puedo afirmar con certeza
sobre la perfección de tus pechos,
sobre la plenitud de tu cintura.
De tu sexo escondido mis ojos están faltos,
y mis manos, y mi sexo.

Soy un ignorante de tu bellezas o fealdades
(particularmente.

Otras mujeres recuerdo más que a ti,
otras se han acercado a mí sonriendo
y me han dado su cuerpo pedazo por pedazo,
han llorado en mi pecho y se han abrazado a mí
con adhesivo amor completo,
han reído con mis ocurrencias o distracciones,
han comido junto conmigo,
han visto el amanecer y el atardecer junto conmigo,
nos hemos bañado juntos en el mar, en los ríos
o bajo las regaderas de las casas,
han dormido a mi lado y han tenido sueños perfectos o
(pesadillas,
se han vestido en mi presencia y han salido de compras
(conmigo,
las he oído orinar a mi vera y peinarse y enfermarse,
hemos bailado y bebido hasta embriagarnos,
hemos conversado tranquilamente acerca de los animales
(y las frutas
y los acontecimientos del día,
y las he visto tener fiebre, hinchar sus caras y morir
(dulcemente.

Sin embargo, es en ti en quien ahora pienso,
es a ti a quien ahora ofrezco
mi amor especial, natural y recto.

Ven, que te voy a mostrar la vida plena,
la vida que tú ignoras
porque estás encerrada en un absurdo sueño
y alguien te narra historias extraviadas, exquisitas
(mentiras,
mientras te toma de las manos y te besa y te abraza.

Nada te ofrezco esta vez sino el amor,
la verdad infinita,
sino esta hora de lluvia que me atrae
como manzana de liberación en tu boca escondida.

LAMPARA EN LA AUSENCIA

DESDE que nuestros cuerpos se enterraron
en el aire del mundo,
tenemos una luz equidistante,
una sola palabra designó nuestras cosas
y un olor a tu cuerpo se estableció en mis sábanas.

Lo aprendí el primer día de tus besos.

Lo dijeron los pájaros cantando,
lo repitió el lucero entre los astros,
lo propagó en el éter silencioso
y en el polvo del río, y en la frente
de animales domésticos
brilló como una arruga centenaria.

Saliste a hundir tus manos en la nieve,
a presenciar perfectas estaciones
entre los rascacielos imponentes
o en las organizadas granjas.
Saliste a competir con el azúcar
y a libertar tu corazón amargo.

Yo solo en esta noche y en las calles
de mi ciudad tranquila,
te veo pasar como una muerte lenta.

Todo lo que diría en esta hora
mi corazón —tu corazón: mi llanto—
lo tienes como un nudo en la garganta.
Sabes que para andar lo desandado
hace falta morir, nacer de nuevo
y encontrarte a mi lado.

Está alegre la noche, sin embargo.

REGRESA

A DONDE fué el amor que nos ataba,
a dónde fué con su caballo luminoso
llevándose en la grupa mi sueño de ternuras?

Yo estoy aquí: ni el sitio ni mi rostro han cambiado
sino esta hora veloz que me acerca a la muerte.

El mar tiene un silencio ya demasiado largo.

Quién pone entre nosotros el aire que me duele,
quién las saladas aguas, quién las naves ausentes?

Por qué las golondrinas no me traen tu voz
escondida en las alas?

Regresa, regresa por la espuma que humedece mis dedos
cuando te llamo ansioso desde los litorales
que circundan mi ardiente soledad silenciosa.

Regresa en los navíos que saludan mis puertos,
en las lluvias que llegan a mis calles, regresa.

Sólo te pido un día del amor que me dabas.
Luego podrás volver a tu ciudad ajena.

MAS CERCA DE LA TIERRA

SOLEDAD: DIA CERO

ESTE poema empieza donde acaba el invierno
y se muere sobre un lento rocío
como un niño apenas tocado por el tiempo.
Este poema tiene la distancia de un día
sobre mi soledad.

Inicia la luz su vuelo hacia el oeste
y mi frente encamina su paso hacia el olvido.

Entre todas las cosas ninguna me levanta
de esta muerte sencilla de vivir sin deseos.

Del lado del amor para todas las cosas está dormida el alma.

Entro al amor desnudo, reciennacido, solo,
ignorante del mundo que me entregó la espada sollozante,
olvidado del beso donde inició su nombre el corazón
ya para siempre.

Entro al amor, liviano, sin recuerdos,
entro sin esperanzas ni deseos,
entra mi alma completa, sin las mutilaciones
de los días pasados y los que han de venir,
agua de sufrimiento.

Palpo la luz en el inquieto espejo del océano
donde se multiplica la mañana,
y mi nombre suena gentil en los labios recién apetecidos
de la muchacha que nació para un día:
para este día solo sobre mi soledad.

Ella ocupa el vacío que dejó la tristeza.

Por su piel entreabierta pasa mi amor cantando.

Bajo el incandescente palio de un mediodía entero,
separados del tiempo por un beso muy largo,
velas a la ternura, navegamos en seco.

Luego pasan las sombras hacia el Este temblando.

Entro a la noche y traigo los ojos húmedos de luz,
emergentes de un día profundo como una eternidad
sobre la primavera de un país admirado.

Lejos se va quedando el mar en tanto la ciudad
entreabre, una a una, sus encendidas puertas.

El día terminará con la cabeza recostada en los muslos
de la muchacha sorprendida.

Este día terminará con una palabra sucia: SOLEDAD.

ARGUMENTO DE LA SANGRE

HOY he salido a visitar mi casa
(calles solas, sin voces, calles, calles).
Una paloma me mira como a un extraño
mientras me da su pico y un lirio atravesado.

Yo podría escribir con la voz de la lluvia,
mantener una rosa dormida junto al canto.
Podría escribir, de nuevo...

(La paloma me mira como a un extraño).

II

Cuando salí a visitar mi casa
(calles solas, sin voces, calles, calles),
llevaba en los bolsillos una lámpara.

La muerte me hizo señas con la lluvia
y me tronchó los labios con su espada.
La paloma lloró con mi silencio
y se apagó cuando encendí mi lámpara.

III

No estoy solo. El mundo tiene muchas cosas que son mías,
mucho dolor que es mío, mucha sal en las venas.
El mundo tiene sed y tiene una muchacha
que conoce mi llanto.

IV

Cuando voy por la calle, la primavera
me golpea el rostro con su pañuelo mentiroso

y un pelotón de hormigas va sitiando mi cuerpo,
porque la brisa no es opaca
ni es opaca la lágrima que me sirve de ojo
y el dolor tiene cuerpo como una esquina cualquiera
y dos o tres niños, al llegar el invierno,
se acurrucan ansiosos en los muslos del viento.

V

No puedo devolver la lluvia a su casa esponjosa,
pero, ay, nos es imprescindible
amonestar al hombre, sacudir esa cara
dolida de cosmético que tiene su palabra,
argumentar el sueño angustioso de la sangre,
para que la mañana amanezca en los ojos
y las violetas sepan que la lluvia es un hombre
y yo salga tranquilo a visitar mi casa
(calles solas, sin voces, calles, calles)
y aquella paloma me deje de mirar como a un extraño.

DEJADME EN PAZ

ESPIRITUS malignos que en la noche
turbáis la dulce paz de mi reposo,
dejadme en paz, dejadme
con mi canción y luz y con mis huesos
que tienen forma y el color del aire,
porque estoy en el mundo sumergido,
triste, lleno de ron y de lamentos.

Yo no pretendo conformar mi llanto
a la forma paciente que le imponen.
Hay mucha sangre ya
rebozando la copa de mi sueño,
hay mucha sangre caminando lenta
por la ruta invisible de la tierra.

Revienta ya contra la noche toda,
no hagas caso del mar que te murmura,
detente a contemplar la calle arrepentida,
oh tú, mi corazón, mi esperanza de fiestas!

Quiero tener la tierra como tengo mi llanto:
íntegro en cada pecho.

Toda sea para mí —y no soy sólo un cuerpo—.

El pan nuestro condena su afición a la muerte
y yo quiero vivir, tan sólo, un día cierto.

ESPANTAPAJAROS

HAY que ahuyentar los pájaros sombríos
que hoy tienen fiesta en los cañaverales.

Hay que enseñarles a usar una moneda pura
y dejarlos sin plumas con un golpe terrible
capaz de asustar frutas en un astro lejano.

Es preciso decirles: Han nacido los ángeles,
han brotado en los leños que corté para el fuego
previendo esta soledad que inunda mi morada,
han surgido del polvo, de las huellas
que dejan los caballos naufragados,
han vencido la piel de las murallas
y viven con la espalda frente al cielo.

Hoy que mi cuerpo es dura piedra pura,
barro cocido en soledad, sin soplo,
no hace falta una voz coral —como en mi sueño—
sonora como los cascabeles de los ángeles,
grande como un recién nacido en la pobreza,
para romper los tímpanos metálicos
de quien puede morir con un guijarro hermoso.

Basta una sola rosa
para que el valle cobre su esperanza,
para que la alegría nos acoja
y su canción de cuna sea la canción del alba:

Fuertes tallos erguidos,
paz junto a la dulzura,
aves de otro color mucho más nuestro
que el color que destruye mi templanza.

DANZA DEL POETA Y SU TIEMPO

AHORA vengo de regreso al paisaje.
Nada soy, comparado con una diminuta luciérnaga
que traza hermosos círculos en la piel de la noche.
El mar es menos mar cuando digo que es mío
y aún guardo la ternura de la amada
a pesar de los años que han pasado
desde que una ciudad extraña la tiene entre sus calles
prisionera.

Quiero cantar las cosas
con esa misma forma de ser y suceder que las distingue.
Atento al movimiento, como si todo fuera un solo baile
a los acordes del amor
y de las fuerzas que quieren anularlo.

He de elogiar el vino que destruye las cárceles del sueño,
los senos donde toman su alimento los niños sudorosos,
el brazo y el martillo de un herrero que forja mil espadas
para cortar los nudos de la tierra,
y los barcos que zarpan de algún puerto
con un gran cargamento de esperanzas
para inundar de luz el universo.

La ciudad está llena de cosas
que se parecen mucho a mi fantasma.
Por eso, mientras tanto,
le digo adiós, sin que deje de amarla.

Ahora sólo quiero acostumbrarme
al cuerno que apacienta los rebaños,
al color de una fruta suspendida
o al pedazo de lluvia que le arranca
piezas de sol al surco distraído.

También el hombre integra mis paisajes.
Sin él podría usar la voz del río
y olvidar ciertos días de verano
cuando un reptil me mira con su mirada lánguida
o suelo matar hongos en el húmedo tronco de un árbol.

No diría que estoy solo,
porque no me harían falta ni los besos ni el agua,
pero nadie, sabiendo que agonizo,
esperaría impávido mi muerte,
nadie estaría al sur de mi destino,
y la procura del amor y el sueño
no tendrían la forma de un delito.

Quiero decir: todas las fuerzas que me animan
a sonreír o a llorar,
conocen de ese viento que recorre
los minutos y lagos más lejanos,
y millones de hilos amarrados a los dedos del mundo
deciden la postura de mi cuerpo
y el momento de levantarme a saludar
mis nuevas estaciones.

PESCADOR DE MI TIERRA

HAY hombres que se parecen al mar.

Pedro Damián era uno de ellos.

Recuerdo que una mañana me dijo,
mientras halaba el chinchorro, contento:
“Pedro Damián tiene ahora tres hijos
que irán a la escuela.

Se harán doctores
y vivirán como la gente”.

Pedro

Damián murió aquella misma tarde.

Se lo llevó su mar con la tormenta.

Todos los días se tira el chinchorro.

Jóvenes fuertes lo tiran contentos.

¡Cómo se parecen al mar tus hijos,

Pedro Damián, pescador de mi tierra!

CANTO AL FONDO DEL MAR

MAR a donde no llegan gruesas lluvias amargas.

Mar sin olas, sin playas ni veleros distantes.

Mar debajo del ruido. Mar en profundidades.

Donde no viven sombras, porque allí todo es sombra
salvo la sombra verde de mi canto.

Mar encontrado al fondo de mi sueño.

Fondo triste del mar con ternura anhelado.

Mar distante del polvo y de los trasatlánticos.

Enemigo del cielo y aún del hombre enemigo.

Mar para sonreír sin que se muera nadie.

Mar sin islas que lloren por una voz ausente.
Mar sin fusiles. Mar sin soledades.
Sin espigas de arroz ni voluntades tristes
ni tristes niños ni perennes lazos.
Mar al fondo del mar y de mi sangre.
Principio del vivir descamisado,
desvestido de todo lo supérfluo,
de mis uñas, corbatas y arrabales.
Mar hecho a la medida de mi alma.
Mar confidencia de los peces sabios
donde habita mi amor enardecido.
Mar sin piratas. Sin esos fabulosos capitales.
Ajeno de la furia de moscas y de aviones.
Como un perro veloz que corre por mis venas
y ladra y ladra y ladra de entusiasmo.

EL POETA EBRIO

ARRANCADME este pedazo de luz que me cuelga
como una lágrima, como un gajo viviente (del ojo
que se ha puesto de acuerdo con el vecino saludable
para nublarne la alegría.

Sacadme del corazón este mineral antiguo,
esta cansada voz perfecta que me enseñaron a llevar
como medalla reluciente.

Liberadme de la mansedumbre,
contribuíd a mi entusiasmo,
acompañadme a la muerte cantando,
bebed junto conmigo hasta tener el mundo en nuestras
(manos.

Os aseguro que veremos bailar las mesas de alegría,
nuestra fuerza tendrá la medida exacta del deseo
y la calle no será más que un hueco luminoso.

¿Qué importa que despertemos mordiendo la yerba,
con una margarita destruída en la mano
o en una oscura cárcel con la camisa ensangrentada?

ELEGIA DEL AMOR

EL amor es la alegría,
la cara más definitiva de la alegría,
lo que quisiéramos ser en el infinito que nos falta.

Yo pensaba que se podría llegar al amor
sin otras herramientas que una sonrisa profunda,
lo que llaman un alma buena y sencilla
abierta de par en par al aire renovado de la vida.

Yo pensaba que bastaría brindar la tristeza,
mi último patrimonio, mi máspreciado yo,
algo que nace para que nos parezcamos menos a los
(ángeles.

Por eso entré desnudo, como un niño,
desempolvando el aire con mi sonrisa clara
y enterrando en mis huesos la tristeza del día.

Pero hoy sé que el amor es un planeta al sur
donde llegar de espaldas con las manos armadas.
El camino lo fabrica el sueño con sus dedos livianos
mientras temblamos en las constelaciones del arroz y del
(vino.

Muy dulce es la palabra del amor,
hábil su mano para pintar paraísos en la esperanza.
Pero la soledad me hizo volver la cara,
me hizo volver las manos, el alma, el cuerpo entero,
hacia las calles por donde pasa la muerte sonriendo.

CORRO DE OPTIMISMO EN LA CAMPIÑA

AQUI nos damos las manos con alegría,
aquí, en el ancho salón vegetal
donde el aire y los pájaros no tiemblan
y los reptiles pasan sin mirarnos,
sonriendo entre las flores, los arbustos, las frutas,
las piedras modeladas por el limpio cristal nitrogenado.

Aquí, en el casi imposible sitio de esta tierra
donde no nos preocupa la mirada de alguien,
el estudiado gesto de alguien,
aquí nos damos las manos con alegría,
nosotros, los que sólo tenemos el corazón, y está
(sangrando.

Nosotros, hijos de la tristeza,
los que tenemos en la frente una señal inconfundible
que nos designa para la próxima cosecha,
los que traemos a los labios una sonrisa
cuando aparece la belleza con optimista resonancia,
los que tenemos lleno el pecho con los fulgores
de un amor puro y sin orillas que se nos sale por las manos,
los que llevamos en el sexo una tristeza poderosa
que se desprende de los nervios para quemarnos con su
(llama.

Aquí entonamos nuestro himno de vida general,
nuevo, vital, desnudo, transparente,
aquí se juntan nuestras voces como se juntan nuestras
(manos,
aquí lloramos una lágrima, y en esta lágrima sonora
navega un buque silencioso, de corazones artillado,
un buque amigo de los hombres
que tienen fe junto a la vida miserable.

LA SOLEDAD NO ES MIA

NO soy yo, somos todos los que ardemos
con el corazón en la boca, mordiendo
sus tejidos hasta la sangre.

Somos todos los que bailamos la melancolía
y ascendemos la definitiva tristeza
con la sonrisa pintada en los labios.

No lo neguéis, hay que decirlo, no soy yo sólo.
Sería muy fácil desaparecer. Ya estaría hundido
dos metros debajo de las pisadas de los hombres.

Todos me acompañáis cuando viajo a la luz
de difíciles días, sumido en la penumbra
de las calles desiertas, o en las alcobas tristes
donde pone la muerte su ojo cada día.

Si también me acompañárais a cantar el amor,
a lucir nuestra bandera como un traje de fiesta,
a limpiar nuestras calles con la nueva llovizna
lanzada desde abajo en hermosa parábola.

No soy yo, somos todos los que vamos a morir
de espaldas, lentamente y sin lenguas,
sin ojos ya, con íntimo cansancio.

MAS CERCA DE LA TIERRA

YO traigo una palabra y una muerte dormida en la
(palabra,
traigo un día confuso entre los dedos y unos dedos antiguos,
pero este día comienza a perecer una vez que ha nacido.

¿De dónde diablos llega la ternura de esta voz primitiva
a levantar pirámides inmensas a la llama que enciende
la contienda entre el hombre cautivado y la sombra del
(viento,
a poner una mano poderosa a la altura del pecho
y a rasgar el vestido de los ángeles que torturan la vida?

¿De dónde amor, de dónde llegas en esta hora que me duele
a desprender el dedo índice de los labios sedientos,
irrumpiendo también por cada vello en deslumbrante

(cascada

capaz de ahogar la rosa más alta y el más alto gemido,
para que toda la tierra se ponga a renacer en salud y

(hermosura?

Nadie sin una herida puede decir ahora: estoy presente,
cuando la tierra clama con ternura por sus hijos amados.
La muerte que yo traigo nunca la proporcionan las espadas,
sino el tímpano roto de un caballo que llora en rebeldía:
La muerte que yo traigo es la pureza y el esplendor de la

(vida.

¿Puedo decir acaso, con certeza, que la herida que ofrezco
viene del puro abrazo de mil cuerpos que se legan el sueño,
del sedimento amargo que acumulan los vientos clandestinos,
del polvo que se muere en los caminos de vejez o de frío?

¡Si fuera suficiente derrotar al olvido en una noche
y saber de qué estrella viene mi piel a contener el mundo!

Los ojos se sumerjen en una luz pequeña y quedan ciegos,
y más allá del polvo y el milagro
también sufren de amor, hambre y olvido
las inconmensurables lunas espirales.

Nadie sabe si llueve también en las altas montañas.
Nadie quiere saberlo cuando las hortalizas
revientan en las manos de los agricultores
y el arroyuelo moja la falda de las muchachas en otoño.

Ahora me doy cuenta de que llevo una mariposa entre las
(manos
y es preciso dejar que se pierda en la neblina.
Ahora me doy cuenta de que alguien, con una voz coral
más grande que mi desnudo grito hacia el límite antiguo,
tiene una cara hermosa y un lamento dibujado en la cara
y me dice que para alzar el trigo hay que saber quemarse
(las espaldas.

AGONIA MATERIAL

LLEGA, Muerte, traspasa el ancho viento,
sacude el territorio que me guarda,
consume a veloz fuego, apaga el grito,
destruye, sangra, hiela, arropa el llanto.

Llega por la corriente de los ríos
en un veneno mineral volcada,
revienta en las cabezas de los hombres,
cabalga en los cuchillos y en las balas,
conduce los navíos silenciosa,
ven a inventar demonios y fantasmas.

Que nada quede en pie, ni la posible
palabra de otros mundos que nos miran.

Todo te lo entregamos, pero, en cambio,
tú nos darás también tu propia vida:
deja que Dios se quede eternamente
vivo en la soledad de su mentira.

VERSOS DE LA TRISTEZA

SI alguien me preguntara por qué siempre estoy triste,
le ofrecería mi cuerpo, mi lugar, mi palabra
y esta honda sonrisa con que saludo al día
cuando el día se levanta junto con mi esperanza.

Le enseñaría mi tímida niñez atormentada
en la búsqueda inútil de las desnudas aguas
donde lavar mi cuerpo de tanta cosa dicha,
de tanta norma escrita que no fué confirmada.

El gigante esqueleto que me habían construído
con aguas bautismales y leyendas azules,
la vida que me hicieron aprender de memoria
con los ojos cerrados, con las manos vacías,
perdieron de repente su solidez antigua
desde que la verdad se hizo luz en mi frente.

El universo entonces volvió a la sombra eterna,
volvió a la luz eterna, a la sencilla forma
de estar sin forma lleno de sí mismo y vacío.
Mi cuerpo regresó de la vida a la entraña.

Y me sentí tan solo como Dios al principio.

La soledad entonces me enseñó sus laureles,
me buscó compañeros en la gente sencilla,
en los ojos que lloran cuando llega la noche,
en la frente perdida de infeliz muchedumbre
que se come sus propias ensangrentadas uñas.

Yo tenía mi fuerza, la libertad danzaba
dentro de mi piel limpia con los brazos abiertos.
Era la entrega, y era mi corazón sangrando
sin que yo lo notara, sin que me sorprendieran
las dulces gotas rojas que salían de mis labios
cuando le daba un beso de entusiasmo a la vida.

Si yo me preguntara por qué ahora estoy triste,
tendría que palpar mis cenizas calladas,
mirar hacia los hombres con la mirada hundida
en la profunda muerte de la vida liviana,
y llorar simplemente sobre un pecho de ausente
todo lo que pudiera conquistar mi alegría.

VEN con la misma cara con que te amé, Tristeza,
con tus profundos ojos femeninos
o con tus brazos de ciudad ardiente.

Ven para que yo nazca en ti de nuevo.

Si hoy te llamo, Tristeza, puedo hacerlo en voz baja.
Bien sé que no estás lejos, que es fácil encontrarte
paseando por las calles cuando declina el día
o cuando se me acerca sonriendo la mañana.

Tanta nube hay herida, tanto cielo borrado,
tantos dioses antiguos con las alas cortadas,
que uno se pierde a veces en la vida vacía
y se enreda en las hebras de la alegría fácil.

Hoy prefiero de nuevo verte llegar a solas,
trayendo entre las manos una carta perdida
donde alguien me procura sin poder alcanzarme.

Emerges de las calles donde el verano piensa por la gente
(vencida,
te presiento en los jóvenes pechos enamorados,
te veo en el sudor de las pieles quemadas,
en la pequeña tierra cuyas venas encierran
las semillas del árbol de la humana esperanza.

Estás en cada sitio donde alguien busca un beso,
busca el sueño tranquilo y la fruta ganada.

Estás en todas partes donde entra mi sonrisa cotidiana.

Ya no te dejaré, porque es muy larga la noche que me
(envuelve,
muy profunda la luz que me acompaña,
y sé que si mañana el hombre se levanta como un grito
y conquista su tierra lastimada,
alguien con un amor saldrá a buscarte.

Y yo tendré mi pecho limpio cuando le abrace.

¿Quién te trajo a la tierra, quién destinó mi cuerpo
para que te sirviera de habitación, Tristeza?

En los pintados cielos busqué en vano. Tan sólo
la sed que nos domina y el espejismo pueden
echarnos de rodillas sobre el vasto desierto.

Pero alguien ha traído la sed a nuestras casas,
alguien ha retorcido la luz de nuestros días,
alguien tiene las manos sucias de nuestra sangre.
Y yo te estoy queriendo tan necesariamente
que buscando tu origen me propongo olvidarte.

Te traiciono, Tristeza, ¿ves como te lo digo?
Pero tú me confundes porque nunca me traes
el nombre de tu padre señalado en la frente.

INDICE

UN POETA Y LA FUNCION POETICA	1
Amor lleno de luto conmovido	3
Primavera en la sombra	5
Entrada al amor	7
Soneto enamorado	9
Soneto agrío	11

LAMPARA EN LA AUSENCIA

Epístola a Clelia	15
Carta definitiva	17
Dame un amor fugitivo	21
Carta como un destello	23
Lámpara en la ausencia	27
Regresa	29

MAS CERCA DE LA TIERRA

Soledad: día cero	33
Argumento de la sangre	37
Dejadme en paz	41
Espantapájaros	43
Danza del poeta y su tiempo	45
Pescador de mi tierra	49
Canto al fondo del mar	51
El poeta ebrio	53
Elegía del amor	55
Corro de optimismo en la campiña	57
La soledad no es mía	59
Más cerca de la tierra	61
Agonía material	65

VERSOS DE LA TRISTEZA

1	69
2	71
3	73

Este libro se terminó de imprimir en los
talleres de imprenta de la Editora
A R T E Y C I N E
Isabel la Católica 42, Ciudad Trujillo,
República Dominicana. el día 20 de mayo
del año 1958

razones íntimas que animan su destino.

Y la poesía es uno de los más eficaces instrumentos de expresión humana. Vinculada siempre a la suerte de su creador, la poesía adquiere así una grave y apasionada función que se verifica en un tiempo y en un espacio determinado, bien que sea universal e intemporal su validez, dando así el tono de su humana procedencia y de su más ardiente razón de ser.

Pensar lo contrario es reducir la poesía a un mecanismo inerte, a un simple divertimento, a una pirueta intelectual o a una nadería palabrera, incompatibles, por supuesto, con la seriedad y hermosura que le son propias.

La colección *El Silbo Vulnerado*, en el aspecto poético de su labor de publicación, se atiene con fervor, al hacer esta segunda entrega, a su proclamado principio de creación basada en una amorosa conquista de las mayores posibilidades humanas nuestras, raíz y energía de la universalidad dominicana.

La *Lumbre Sacudida* es un ejemplo de este principio y de un trabajo que sólo tiene oídos para el propósito auténtico. Entendemos así cumplir con la promesa de contribuir a la mejor formación de nuestra cultura y de nuestra sensibilidad.

Máximo Avilés Blonda
Lupo Hernández Rueda
Rafael Valera Benítez
Abelardo Vicioso.

Próximo número:
"EL ÚLTIMO INSTANTE"
(teatro)
de
Franklin Domínguez

Colección
EL SILBO VULNERADO

